

cirme otra vez á donde me convenga. Por ventura, ¿se han acabado ya los establos en la montaña? ¿Y no me conocen aquí todos y aun me aman? Puedo alabarme de ello. Hay muchas buenas gentes que me tendrán en su casa y me alimentarán por mi trabajo de escardar en la primavera, de espigar en verano y de hilar en invierno. Lo único que yo pido es lo necesario para vivir; que no me parece mucho, mayormente si se atiende á que la gente en este país es generosa. No os cuideis de mí. Y por otra parte, si caigo enferma, conozco á las hermanas de Grenoble, que no me dejarían sin una buena cama en el hospital. ¿Qué otra cosa se necesita para morir?

— ¡Oh! — la dije, — confío en que después de pagar las deudas de mi pobre amigo, quedará para vos un pequeño peculio procedente del importe de los muebles, lo cual os rogaré que aceptéis como legado del cura y un recuerdo mío.

— ¡Ah, señor! No os cuideis de mí. Pues qué, ¿no se cuida Dios y seguirá cuidándose hasta que me coloquen debajo de la yerba de Cipriano y de su mujer, á los piés de mi pobre señor, en el cementerio? Para todos hay camas preparadas en el último albergue de Dios. La dificultad está en llegar á él con la conciencia limpia y libre de remordimientos.

— Y por último, mirad, — añadió levantándose con precipitación de su silla, y sacando del armario un libro de misa, rozado y ennegrecido por el humo, el cual abrió por una página, señalada con un pedazo de papel hecho cuatro dobleces; — mirad, voy á decir os otra cosa por la que no he querido salir nunca de mi situación de criada.

CXXIII.

Una tarde del invierno pasado, llegó aquí un anciano vestido de ermitaño, pidiendo que se le permitiese pasar la noche en la casa parroquial. Y aunque el señor cura había bajado á Grenoble, esto no obstante, hice buen recibimiento al pobre peregrino. Le dispuse de cenar huevos cocidos, le preparé cama y fuego, y pasa-

mos hablando juntos, como nosotros lo hacemos ahora, hasta cerca de media noche. Ah, señor, no he oído jamás hablar á ningún hombre como aquel, si se exceptúa al señor cura cuando hablaba de Dios en el púlpito! De rato en rato le miraba al soslayo para asegurarme de que no era un ángel disfrazado. En fin llegué á pedirle que me enseñase alguna oración correspondiente á mi clase y á mi estado.

Cuando se despidió, al día siguiente, me entregó este pedazo de papel que había escrito con la pluma del señor cura, y me dijo que le leyera á menudo acordándome de él. Aquí le teneis; leedle.

Leí:

ORACION DE UNA CRIADA.

« ¡Dios mío! concededme la gracia de que se me haga dulce la servidumbre, y la acepte sin murmurar como estado que nos habeis impuesto á todos al enviarnos á este mundo. Si no nos servimos unos á otros, no servimos á Dios, puesto que la vida humana solo es un servicio recíproco. Los mas felices son los que sirven á su prójimo sin esperanza de retribucion y solo por amor vuestro. Pero nosotras, pobres criadas, tenemos la precision de ganar el sustento que vos no nos asegurasteis al nacer. Acaso por esto mismo seamos mas agradables todavía á vuestros ojos, si logramos comprender nuestro estado; pues no cabe duda que ademas del trabajo, pasamos por la humillacion del salario, viéndonos obligadas muchas veces á aceptar este en pago de servicios que hacemos á los que amamos.

« ¡Pertenece á todas las casas, y las casas pueden cerrar nos sus puertas; pertenece á todas las familias, y en todas las familias está la facultad de rechazarnos; educamos los niños como si fuesen nuestros propios, y cuando ya están educados no nos reconocen por madres suyas; ahorramos su dinero á nuestros amos, y una vez ahorrado es para otros la utilidad, para nosotras nada! ¡Tomamos cariño al hogar, al árbol, al pozo, al perro del

«patio, y nuestros amos nos dejan cuando quieren, sin hogar, sin árbol, sin pozo y sin perro: y hasta cuando el amo muere no tenemos derecho para ponernos de luto! ¡Parientes sin parentesco, hijas sin madres, madres sin hijas, corazones que se dan y nadie los toma; tal es la suerte de las criadas ante vos! ¡Concededme que comprenda los deberes, las penas y los consuelos de mi clase, y que despues de haber sido acá abajo una buena sirvienta de los hombres, sea allá arriba una criada feliz del Señor perfecto!»

CXXXIV.

Aquí dió fin la relacion de Genoveva.

Luego que concluyó de hablar, siguió haciendo calceta con la mayor tranquilidad, lo mismo que si yo no hubiese interrumpido su trabajo, ni el curso ordinario de sus pensamientos, escepto para pedirle alguno de aquellos pequeños favores que le pedia continuamente. Se la figuraba que una relacion tan sencilla no debía obligarla á descansar despues de haberla concluido, y menos aun creía que pudiera causarme la menor admiracion. Y no es extraño, porque no se acordaba nunca de sí misma, ni se atribuía en el pensamiento ageno, ni en el suyo propio, mas importancia que si fuera una de aquellas pajas que pisaba con sus zapatos y que acercaba al fuego con la escoba. En mi vida habia visto un desinterés tan completo como el que manifestaba aquella buena mujer.

Durante largo rato, despues que ella dejó de hablar, estuve contemplando el fuego de la chimenea sin decir una sola palabra, pues no me atrevia á avivar mas aun en aquel corazon sencillo los recuerdos de Cipriano, de Pepita y de Jocelyn. Poco faltó para reprehenderme aquella curiosidad que le habia costado algunas lágrimas. ¿A qué agitar el agua que está serena, solo por el gusto de coger la arena que hay en el fondo, y mirarla al sol? Aquella arena se formó para permanecer debajo del agua. Pues otro tanto sucede con el barro puro ó impuro de una vida oculta. Se le debe dejar en el fondo de su cauce.

Llamé á mi perro y fui á acostarme sin despedirme de Genoveva, andando de puntillas por la cocina y el corredor para no distraerla con el ruido de mis pisadas. Así que, continuó haciendo calceta.

CXXXV.

Al otro dia, advertí desde muy temprano que Genoveva iba y venia, llamaba á las gallinas, acariciaba al perro, echaba de comer á los pájaros, regaba los tiestos, fregaba los suelos, encerraba las maderas, abria la puerta á los que llamaban, y hablaba con los transeuntes como siempre. Esto no obstante, como era el dia de la venta en pública subasta de todos los objetos de aquel pobre ajuar, que venia á ser, como quien dice, parte de su existencia, estaba algo afectada viendo que se los iban llevando unos tras otros. Por fortuna la operacion no duró mucho tiempo. Antes de las diez de la mañana ya no habian dejado cosa alguna los vecinos, queriendo todos tener á cualquier precio alguna cosa que hubiese pertenecido á su difunto amigo: el uno el tablado de la cama, el otro la mesa, este la escribanía, aquel el crucifijo de latón, las mujeres una gallina, las muchachas un rosario. La madre de Cipriano compró la cabra; cosa que Genoveva la habia recomendado con la mayor eficacia. Yo compré el perro para mí, y los pájaros para la criada. A esta la costaba un llanto cada cosa que se vendia y sacaban del patio. Luego que desaparecieron todos los trastos nos retiramos tristemente los dos, sin tener silla en que sentarnos. Las tapias parecian mirarnos y decirnos: ¡Hé aquí lo que es una casa en donde se encierra tanto amor, felicidad y desdichas para el hombre cuando está llena; cuatro piedras unidas por un poco de cal, y cubiertas con cuatro tejas!

— ¡Lo que somos! — exclamaba Genoveva tocando aquellas paredes desmanteladas y cubiertas, solo en la parte que correspondia al sitio que habian ocupado los muebles ausentes, de polvo negro y de telarañas. — ¿Merece esto que se le tome cariño? Por ventura, ¿vale mas que cuatro puñados de tierra sobre el

cuerpo? En cuanto á mí no tengo casa; pero me consuelo con la esperanza de que nunca me faltará un rincón cualquiera bajo las piedras y el techo de los demás.

En seguida nos pusimos á comer al lado de la fuente un pedazo de pan que habíamos guardado; desmenuzando, empero, y arrojando algunas migajas para las golondrinas de Jocelyn, y para los pajaritos que acudieran cuando nosotros nos marchásemos.

CXXXVI.
— Os vendreis conmigo á casa de mi madre, —dige á Genoveva; —dormireis en compañía de una de las criadas de la casa, y comereis nuestro pan por todo el tiempo que necesiteis para encontrar una buena colocacion en el país. Mi madre es muy parecida á vos en el corazón, tiene tambien una alma sensible y tierna como la vuestra, y ademas se ha constituido en criada voluntaria de todo el país: de dia no cesan de importunarla, y de noche rara es la que no la hacen despertar para alguna cosa; es pobre de dinero, pero rica de corazón como vos; que viene á ser lo mismo, Genoveva; pues dígase lo que se quiera hay mas amistad y ventaja en un corazón que en un escudo.

— Ciertamente, —dijo ella sonriendo; —nunca habia pensado en eso; ¿y por qué así?

— ¿Por qué? Es muy sencillo; porque un escudo nunca pasa de ser un escudo, mientras que un corazón es una infinidad de cosas. Ademas, el uno vive, y el otro está muerto.

— Y ademas, el uno tiene calor, y el otro es frio, —añadió Genoveva.

Esto nos hizo parar en reir, aunque llorando.

CXXXVII.

— Con que, marchemos cuando querais, — vino á decirme un momento despues, trayendo debajo del brazo en un delantal, toda

su fortuna, que consistia en un poco de ropa blanca, y en unos cuantos objetos que habia en el armario.

— ¡Vamos! — contesté.

Y echamos á andar, volviendo muchas veces la cabeza para mirar las paredes de color gris, y el tejado negruzco de la casa parroquial, que se dibujaban detras de nosotros en lo azul del cielo, en medio de los abetos. Las golondrinas pasaban rozándose con el techo, debajo del cual ya no les quedaban amigos. ¡Andad, andad, pobrecitas, —decia Genoveva llorando, —ya no estoy ahí para recoger vuestros hijitos cuando se caigan del nido, y volvéroslos!

— Vamos, Genoveva, no os dejéis dominar de vuestra afliccion, —le dije, —Dios estará siempre con ellas.

— Es verdad, señor, —me contestó enjugándose los ojos, —mas ¿qué quereis? No puedo ver que padezcan los animales.

— ¡Me alegro —añadió— de que no haya gente en las puertas de las casas que me vea pasar; como hace buen tiempo, cada uno está en su trabajo!

CXXXVIII.

En esta conversacion ibamos bajando por las rampas pedregosas de la aldea, cuyos guijaros destrozaban las patas de los perros; habiendo llegado ya á una revuelta del sendero que desemboca en el torrente de la cascada, y en donde una gran piedra, que sostenia una cruz, no nos permitia ver el puente encarnado.

— Ved allí, donde está el término de la parroquia, —me dijo con pesar Genoveva; —me tiemblan las piernas al haber de atravesarlo. Y luego pensar, —añadió ruborizándose como por efecto de un orgullo que ella no pudiese impedir; —pensar en qué voy de este modo, á pié, con mi lio debajo del brazo, á recibir por caridad asilo de vuestra madre, siendo así que me han visto en el mismo puente, sobre una mula engalanada, en medio de la gente que me acataba como á una verdadera señora, y que echaba flores á los piés del animal. ¡Ah! ¡Fué un triunfo, señor, cual nunca se vol-

verá á ver! Y no era este solo el que había entonces en mi corazón; puesto que Cipriano vivía y yo podía aún ser su desposada!

CXXIX.

—Vamos, vamos, Genoveva, no hay que pensar en eso. Ya estoy pesaroso de haberos dado motivo para que lo recordeis. El sol toca á su ocaso, y es preciso salir del desfiladero antes que anochezca. Por otra parte, si nuestros pensamientos se vuelven hácia atrás, á cada paso que nuestros piés den hácia adelante, ¿cuándo llegaremos?

Y la invité á que apresurase el paso.

Pero en el momento de doblar el ángulo de la roca para entrar ya en el camino del puente, Genoveva se detuvo dando un grito de sorpresa, y dejando caer su lió que rodó por el polvo.

—¡Calla! ¿qué es lo que veo, Dios mio?—gritó.

Entonces me adelanté, y vi como unos cuarenta hombres, mujeres, viejos, muchachas y niños, agrupados en medio del puente, con alguna cosa en la mano cada uno, y mirando todos hácia el sitio por donde bajábamos, como si tratasen de impedir el paso á alguien.

CXXX.

Tan pronto como descubrieron á Genoveva, todos se pusieron en movimiento, primero los niños, en seguida las jóvenes, luego los hombres, despues las mujeres y por último los viejos, como una procesion religiosa, por aquellos caminos cubiertos de ramas de abeto.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!—gritaban los niños palmeando con sus manecitas.

—Sí, ella es,—decian las jóvenes,—que viene con el señor.

—Cree que se va á marchar,—añadian las mujeres;—pero no tendrá corazon para dejar así el país.

—Nosotros no lo permitiremos,—decian los hombres, alar-

gando los brazos hácia las barándillas encarnadas del puente, como si se propusiesen cerrarlo;—el río es de Dios,—añadian,—pero el puente es nuestro.

Los perros, espantados, habían venido á refugiarse entre nuestras piernas; y Genoveva se había quedado hecha una estatua sin tener valor para entrar en el puente.

—¡Vamos! ¡Genoveva!—la dije en secreto, sonriéndome y antes de que el grupo nos hubiese rodeado del todo,—¿no deciais que no se volveria á ver jamas otro triunfo como el que tuvisteis el día en que os detuvieron aquí mismo sobre la mula? Pues ¿ahí tenéis otro! Sí, ¡otro triunfo! que solo se diferencia del primero en que en vez de hallarse el puente cubierto de flores, lo está ahora de corazones que os aman!

—¡Ah! es cierto,—repliqué suspirando;—pero había un corazon entonces que él solo me amaba tanto como todos estos!

Y rompió á llorar.

CXXXI.

El grupo se detuvo, se abrió, é hizo lugar á un buen anciano que desdobló una banda y se adornó gravemente con ella, como si fuera á tener lugar alguna ceremonia pública, en seguida se adelantó hácia Genoveva, sacó un pápel del bolsillo, y leyó el discurso siguiente:

«Señorita Genoveva, teneis en vuestra presencia á los magistrados, á los habitantes, á las mujeres y á los niños de la parroquia de Valneige, á quienes habeis salvado de la peste y socorrido en todas sus enfermedades, miserias ó aflicciones, en el año en que los había abandonado todo el mundo, y durante los siete años siguientes. Esto basta para que no permitamos, ingratos ó mal educados, que vayais á ganar el sustento á otra parte, en vuestra vejez. Dirian en la comarca esos son los habitantes de Valneige, que carecen hasta de la memoria de los animales, puesto que estos conocen á las personas que les han hecho bien, y les toman un cariño que no les falta jamas. Igualmente nosotros, se-

«ñorita Genoveva, los queremos todos, mujeres, niños, muchachas y ancianos, pobres ó ricos, hasta la muerte, y hemos resuelto no dejaros marchar nunca, ni pasar este puente, con licencia nuestra; antes por el contrario, que cada uno de nosotros, con arreglo á sus facultades, os tenga, quién seis meses, quién tres, quién uno, quién ocho días, en su casa, en su establo, á su mesa, hasta vuestra vejez; llegada la cual la parroquia reunirá voluntariamente y sin intervenció de la autoridad, ni necesidad de recaudador, lo suficiente para costearos una cama y un cuarto en el hospital de las hermanas de la Caridad de Grenoble, que vinieron á asistirnos con vos y que os conocen. En prueba de lo cual, yo, agregado del *mairé* del pueblo, y *mairé* interino, por muerte del propietario, me opongo á que paseis este puente, y os mando que vengais á mi casa, en donde mi mujer y mis hijas os tienen preparada la cama.»

Concluido este discurso, el agregado metió otra vez el papel en su bolsillo, y dió el ejemplo de abrazar á Genoveva, que todos imitaron al punto precipitándose á su cuello. Los niños, entonces, cogieron el lió de ropa, y echando á andar con ella principiaron á dar gritos de alegría, y á tirar de Genoveva para que volviese á la poblacion.

De este modo hube de despedirme de ella, abrazándola á mil vez con los ojos húmedos y el corazón enternecido. Genoveva, por su parte, lloraba con tal fuerza, que apenas podia hablar.

— ¡Oh, si, deciais bien, esto es un triunfo, y por cierto que no lo esperaba!

— Tampoco yo — la contesté; — pero esto prueba que no se debe dudar de los buenos sentimientos. La ingratitud tiene su dia, es verdad; pero tampoco al agradecimiento le falta el suyo. Adios, Genoveva, y sed feliz con esta familia; seguramente no valé menos que la que Dios os ha negado.

El perro de Jocelyn iba con ella.

EPÍLOGO.

CXXXII.

Cuando dos años despues fui á parar á los bosques cercanos á Valneige, con motivo de una larga cacería de osos, que duró algunas semanas, quise saber lo que habia sido de la pobre Genoveva. Entonces deje á mis compañeros de caza en la posada de los Abismos, y subí solo á la aldea por el puente encarnado.

— ¡Oh! Genoveva — me dijo el primer chicuelo que encontré — no anda ya de casa en casa para que la mantengan como antes. Se la ha construido una casita para ella sola al lado de la iglesia, en donde está al frente de una enfermeria, con dos camas para los pobres de la parroquia que no tienen quien los cuide.

Al punto hice que me guiasen allá. Estaba sola. No habia entonces ningun enfermo en la aldea. Me reconoció y me abrazó como sobre el puente.

— ¡Oh, qué feliz soy, señor! — me dijo; — ya no soy criada de nadie, sino que sirvo á los que no la tienen. De cuando en cuando, como sucede hoy, solo tengo que servir á Dios, y á vos si gustais, — añadió con gracia, — pues no hay nadie en el cuarto de los pobres y la cama que se les pone es muy limpia; conque aceptad y quedaos aquí esta noche. No nos faltarán huevos, ni miel, ni pan de avena, en cuanto corra la noticia por el lugar de que estais